

Cien años de apostolado universitario

Manuel Revuelta González*

Un libro nuevo sobre «los Luises»

ACABA de publicarse un libro sobre un tema que ha sido ignorado por la historiografía (1). La historia de «los Luises» de Madrid recoge los esfuerzos de los jesuitas para adaptar sus Congregaciones Marianas a los tiempos modernos y describe las actividades de los jóvenes universitarios para completar su propia formación y difundir sus ideales religiosos y sociales. Son cien años de una historia muy movida, que ilumina urgencias muy actuales: el apostolado social, las relaciones fe-cultura, la animación de grupos juveniles y la presencia cristiana en la Universidad.

El primer incentivo del libro es un prólogo muy acertado de don José María García Escudero. Señala el prologuista, entre los méritos del libro, el

* Profesor de Historia en la Universidad Pontificia Comillas. Madrid.

(1) Carlos López Pego, SJ: *La Congregación de «Los Luises» de Madrid. Apuntes para la historia de una Congregación Mariana Universitaria de Madrid*. Desclée de Brouwer, Bilbao, 1999.

uso de buenas fuentes impresas, completadas con testimonios orales, y la experiencia historiográfica y vivencial del propio autor. Destaca la importancia cuantitativa y cualitativa de los congregantes y la prioridad que se daba a su formación humanística y social (el mejor ejemplo fue la Asociación Católica Nacional de Propagandistas). Recuerda también algunas sombras históricas de la Congregación, como el integristismo de finales del XIX y primeras décadas del XX, o el talante nacionalcatólico de la posguerra. Pero, por encima de aquellas secuelas del momento político y eclesial, se reconoce el buen resultado de aquel esfuerzo apostólico y la magnífica obra educadora y social que, en conjunto, desarrolló la Congregación universitaria.

«Apuntes para la Historia» llama modestamente el autor a su libro; y yo creo que con acierto, pues no ha pretendido hacer un estudio exhaustivo; sino ofrecer un resumen bien organizado con destino al gran público. Este objetivo se ha logrado. La abundancia de datos, detalles, personas y sucesos espolean a cada paso el interés del lector. El libro tiene todas las cualidades de unos buenos apuntes históricos. Nos ofrece una silueta histórica de la Congregación, bien diseñada, bien resumida en sus principales éxitos, dificultades y actividades, y bien periodizada.

Los cinco capítulos corresponden a otras tantas épocas. El primero se dedica a la «prehistoria» de la Congregación, es decir, a los años del siglo XIX que preceden a su instalación en la casa de la calle Zorrilla, de la que ahora se cumple el centenario. El segundo se extiende desde 1899 hasta 1931. Son años fecundos, que comienzan con la dirección del P. Ángel Ayala y la fundación de los Propagandistas. El tercer período narra las vicisitudes de los años de persecución durante la República y guerra civil: 178 congregantes, la tercera parte de los que figuraban en el fichero, murieron en la guerra o en la represión marxista. El cuarto se ocupa de la reorganización y el rápido desarrollo, desde 1939 hasta 1948, con un gran despliegue de actividades y la culminación del apogeo congregacionista, alentado por la «Bis Saeculari» de Pío XII. El quinto y último capítulo se titula: «la Congregación evoluciona: ¿reforma o ruptura?». Resume un recorrido largo y tenso, desde 1948 hasta 1965, año en que se cierra la casa de la calle Zorrilla. En la historia de la Congregación se reflejan los cambios políticos, religiosos y sociales. Son destellos de la historia de España, de la Iglesia y de la Compañía de Jesús, a través de aquella vigorosa asociación de estudiantes católicos, con los entusiasmos e inquietudes propios de los jóvenes universitarios.

Otra característica de estos apuntes es que, como su nombre indica, apuntan, es decir, señalan o sugieren muchas cosas; cosas que no se dicen, porque se dan por supuesto, o porque, si son demasiado recientes, se prefie-

re insinuarlas. Voy a desarrollar dos de esas sugerencias, que se relacionan con el principio y el fin de esta historia.

Orígenes de la congregación universitaria: los primeros Luises

LA lectura de este libro nos sugiere la conexión de la congregación universitaria de Madrid, en sus primeros años, con el renacimiento del asociacionismo católico y su paralelismo con los centros afines.

Las Congregaciones Marianas fueron siempre, desde su fundación el 1563, el gran vehículo del apostolado seglar de la Compañía de Jesús, es decir, la prolongación de la espiritualidad interior y del apostolado exterior de la Compañía en grupos seglares seriamente comprometidos. Al centrar la historia de los Luises de Madrid en la residencia de la calle Zorrilla, que se inaugura en 1899, es lógico que el autor considere «prehistoria» a los años anteriores, desde su restablecimiento inmediato, que se supone en el año 1864. Pero es evidente que esa prehistoria decimonónica podría alargarse, en el mismo Madrid, hasta el siglo XVI. La imagen que dio nombre a la congregación madrileña es, precisamente, «Nuestra Señora del Buen Consejo», porque, según la tradición, aconsejó a San Luis, durante su estancia en Madrid, que entrase en la Compañía.

Lo que es claro es que, en el siglo XIX, renace la tradición de las congregaciones marianas, porque, a la antigua tradición jesuítica del apostolado seglar se suma la fiebre del asociacionismo moderno, que aparece como solución para todas las aspiraciones políticas, sociales, religiosas y culturales. Entre mediados y finales del siglo XIX nace un siglo de oro para las asociaciones católicas, que se ven obligadas a competir con otras asociaciones de alcance universal, muchas veces hostiles a la Iglesia, como, por ejemplo, las asociaciones obreras inspiradas en la Internacional, o las numerosas asociaciones de los masones y librepensadores. En 1884 León XIII publicaba la encíclica *Humanum genus* contra la Masonería, y animaba a organizar como antídoto las asociaciones de seglares católicos; y años más tarde, en 1891, impulsaba en la *Rerum novarum* la creación de asociaciones católicas en beneficio de los obreros como respuesta a la atonía liberal y al activismo socialista. En concreto, con motivo de la *Humanum genus*, el Papa animó al general de la Compañía, P. Anderledy, a reanimar las Congregaciones Marianas, que cobran, desde entonces, un fuerte impulso.

Los jesuitas de finales del siglo XIX no necesitaban inventar nada nuevo en el campo del asociacionismo seglar. Así como en la enseñanza procuraron adaptar su *Ratio studiorum* en los colegios (2), así también, para fomentar el asociacionismo católico seglar, darán nuevo impulso a las congregaciones marianas ya existentes. Las congregaciones, que se limitaban a cumplir sus deberes religiosos (misa, sabatina, acto de la congregación y algún acto de caridad), se lanzan a actividades apostólicas de envergadura. Los Luises de Madrid empiezan entonces a destacarse, al igual que otras congregaciones universitarias de la España de la Restauración.

Esta conexión con las congregaciones afines no debe olvidarse. Las había, y muy buenas, en Valladolid, Sevilla y Valencia. La más brillante de todas, era, sin duda, la Congregación de Luises de Barcelona, dirigida por un hombre genial, verdadero restaurador de las congregaciones universitarias, el P. Luis Fiter (1852-1902) (3). Él hizo de la Congregación de Barcelona, desde que comenzó a dirigirla en 1886, una congregación modélica para todo el mundo. Practicó la selección, impuso una vida espiritual intensa, atendió a las demandas culturales de la formación universitaria con las academias, y organizó un despliegue sistemático de las «obras de celo», catecismos, hospitales, asistencia social, creación del Centro San Pedro Claver, un foco de acción social, que ardió durante la Semana Trágica, y, pasados los años y tras varias transformaciones, se ha convertido hoy en la Escuela Técnica Profesional del Clot.

La Congregación de Madrid dirigida por el P. Cándido Sanz (1840-1902), era, en aquel tiempo, la segunda de España, pero no llegaba a la perfección de la de Barcelona. El P. Sanz era un gran hombre, y de ahí la saña con que lo atacaban los anticlericales y la admiración que despertaba en los amigos. El ex masón José Huertas Lozano, que fue un congregante muy activo, lo alaba en *El Adalid* (4), mientras el ex jesuita Ramón Sarmiento lo censura en un panfleto satírico (5). En Barcelona, el P. Fiter se dedicaba exclusivamente a sus Luises, apartándose de cualquier otro ministerio. Entre

(2) Manuel Revuelta González: *Los colegios de jesuitas y su tradición educativa (1868-1906)*. UPCo, Madrid, 1988.

(3) R. Ruiz Amado: *El P. Luis I. Fiter, S.J.*: Director de la Congregación Mariana de Barcelona. Barcelona, 1903. J. Alegre: *El P. Luis Ignacio Fiter, Restaurador de las Congregaciones Marianas*. Barcelona, 1929.

(4) Al abandonar la Masonería en 1889, el médico José Huertas se hizo jesuita, pero tuvo que dejar el noviciado por mala salud a principios de 1892. Escribe numerosos artículos en *El Adalid*, del que fue director; fue miembro muy activo del Patronato Obrero de la Congregación, y propagandista de la peregrinación obrera de 1894.

(5) *Memorias de un jesuita, por Gil Blas de Santillana (Rdo. P. Ramón*

tanto, en Madrid, el P. Sanz era un operario que trabajaba en todo, y dirigía todas las asociaciones de su residencia: Hijas de María, Auxiliadoras de las Misiones, Comunidad reparadora militar y Escuelas Dominicales. Un hombre tan ocupado no podía controlar la congregación de Madrid, con el rigor con el que Fiter controlaba la de Barcelona. Acaso por eso, en su tiempo, la congregación madrileña era más libre y menos eficaz. Más indisciplinada (al final hubo que intervenir para que no se convirtiera en un casino). Y más politizada también, por sus aceradas críticas a los gobiernos e instituciones que consideraba opuestos a los derechos de la Iglesia. Son los tiempos de *El Adalid*, revista batallona, imprescindible para conocer la congregación de hace un siglo. Sin embargo, opino que los tonos intransigentes de *El Adalid* no bastan para tachar de integrista a la Congregación. Era el estilo de todos los católicos tradicionales, defensores del *Syllabus*, con una línea de crítica antiliberal que aflora también en los primeros propagandistas del P. Ayala. En la Congregación había católicos integristas, carlistas y alfonsinos. El tono de *El Adalid* no difiere mucho del que dará el P. Garzón a *La lectura dominical*, que no era tenida por integrista.

El Adalid y los Luises «prehistóricos» eran, de alguna manera, contestatarios contra el liberalismo imperante y dominante, y en ese sentido cumplían una labor de crítica, que podía ser exagerada, pero también valiente y certera. Cambiadas las tornas y los tiempos, los Luises de *El Adalid* mostraban una actitud crítica frente al gobierno establecido, parecida a la que, andando el tiempo, emprendieron los Luises en los últimos años del franquismo. En ambos casos se trataba de ardores juveniles en tiempos inestables. Los Luises decimonónicos, recibían, además, los mismos ataques que sus maestros espirituales los jesuitas.

No me resisto a incluir aquí una cita de Galdós que viene a cuento respecto al influjo de los jesuitas y a la ojeriza que se les tenía. El gran novelista criticaba a las damas limosneras, como la Duquesa de Pastrana, que fomentaban la reinstalación de las órdenes religiosas, y consideraba el retorno de los frailes como la última y la más peligrosa de las grandes invasiones sufridas por España. Por eso pone estas expresiones en boca de uno de sus personajes:

«Pues bien, el regalo que ha hecho la Duquesa de Pastrana a los caballeros de San Ignacio marca el dominio de éstos en el solar hesperio por un lapso de tiempo que nadie puede precisar. En la santísima dama linajuda y generosa tienes otro Midácritio, otro Asdrúbal, otro Sartorio, otro Ataúlfo, otro Tarik, y ella nos trae una

Sarmiento). Madrid 1901. Crítica a los luises, su revista y al P. Sanz en p. 70, 83-88, 95-98, 109-113, 136 y 178.

nueva intrusión de gente, a la cual habrá que vencer y despedir como fueron vencidos y mandados a paseo los anteriores bárbaros. Presumo yo que los guerreros de la faja negra, traídos ahora por una dama, cuando se aseguren en el territorio recientemente adquirido extenderán el dominio a todas las esferas y serán nuestros amos. Fortalecerán su poder educando a las generaciones nuevas, interviniendo en la vida doméstica y organizando sus ejércitos de damas necias y santurronas, paulatinamente dotadas con el armamento piadoso que les llevará a una fácil conquista. Preparémonos, ¡ay Casiana de mis pecados! y pues sufrimos esclavitud, seamos cautos y comedidos con nuestros dominadores, hasta que llegue, si es que llega en vida nuestra, el momento de darles la zancadilla» (6).

El ejército jesuítico, al que alude Galdós en este texto, no estaba formado precisamente por damas necias y santurronas. Los jóvenes universitarios eran los más aguerridos de aquel ejército, como lo reconocían amigos y enemigos. En un informe enviado por la Nunciatura al Vaticano en 1896 se hace un elogio magnífico de las congregaciones de San Luis Gonzaga de los jesuitas españoles. Ofrecía el informe datos numéricos consoladores y llenos de esperanza (se decía que en Madrid había 600 congregantes y 1.200 en Barcelona, y que en total había unos 16.000, sin contar los de los colegios, una cifra calificada de notable). El documento señala, entre los fines de la Congregación: «promover entre ellos el espíritu de asociación con vistas a su posible colaboración en la gran obra de regeneración católica de este país; animarlos a ejercer una especie de ministerio con los niños y con los obreros, manteniendo con este fin escuelas, y prestándoles su labor en pro de las clases necesitadas; entrenarlos de algún modo en las luchas políticas, a las que luego serán llamados; fomentar la cultura científica y literaria» (7).

No es extraño que, desde la otra banda, se acusara también la importancia de los Luises, como esbirros y secuaces del jesuitismo. Cuando, a principios de 1901, se estrenó el drama *Electra*, los anticlericales identificaron a los Luises con Pantoja, el personaje siniestro, astuto y maquiavélico. Galdós completaba poco después aquella estampa alarmista del jesuitismo ambicioso, con la estampa despectiva del jesuitismo apocado y mojigato. En unas declaraciones a un periódico, don Benito definía a los Luises como «una hermandad medio divina y medio humana bajo el rótulo y patrocinio de San Luis Gonzaga»; y añadía que «en estos institutos al modo de piadosos casinos, pasan los jóvenes largas horas al día y aun de la noche, alternando los

(6) Benito Pérez Galdós: *Obras Completas III. Episodios Nacionales*. Ed. F. C. Sáinz de Robles, Madrid, 1954. Cánovas, p. 1369.

(7) V. Cárcel Ortí: *León XIII y los católicos españoles*, Pamplona, 1988, 929.

devotos ejercicios con los pasatiempos más honestos y con los libros más insípidos que se han escrito en el mundo» (8). Los Luises madrileños replicaron a Galdós en una hoja suelta, y lo visitaron personalmente para demostrarle que había hablado de lo que no conocía. Galdós se disculpó diciendo que sólo conocía esas cosas de referencia (9). Lo cierto es que los Luises de finales del XIX ni eran ambiciosos ni eran mojigatos. Eran un grupo católico valiente, que trabajaba con entusiasmo por la regeneración católica del país, como decían en la Nunciatura. Por eso precisamente los anticlericales unieron, en 1901, el grito de «mueran los jesuitas» con el de «mueran los luises», lo mismo que cuando se escenificó *AMDG* en 1931.

La crisis de la Congregación: los últimos Luises

LA segunda sugerencia ambiental del libro es la conexión de la crisis final de la Congregación en los últimos años del franquismo con las tensiones posconciliares y la crisis general de los movimientos apostólicos.

El autor apunta certeramente, en el último capítulo, los cambios de la Congregación madrileña, desde 1957 hasta 1965, a medida que avanza la crisis política del franquismo, al socaire de los cambios conciliares y de la evolución de la sociedad española. Son los años de la crisis y politización de la universidad, de las divisiones entre los mismos católicos sobre las relaciones con el Estado, de las intromisiones izquierdistas y marxistas en las organizaciones católicas, de radicalidad en la exigencia de los derechos sindicales y sociales. Años interesantes y duros los llama el autor, tiempos retadores, confusos e inquietos. Años de creatividad y evolución, marcados, por una parte, con mayores exigencias de espiritualidad y selección, mientras por otra se acentúa el compromiso temporal.

Al igual que los movimientos apostólicos más vanguardistas de la Acción Católica (HOAC, JOC), la FECUM, y dentro de ella la Congregación de Madrid, se ve envuelta en esta gran crisis de identidad, entre las alarmas del gobierno y las desconfianzas de la jerarquía. La Congregación se sitúa en la línea avanzada, muestra un talante liberal y una mentalización social muy comprometida. Llegan avisos del P. Provincial. Algunos jesuitas redactan

(8) *La lectura dominical*, 21-4-1901, 245-247.

(9) *Ibid*, 5-5-1901, p. 280.

informes en los que manifiestan las inquietudes y temores que les produce la Congregación, por el desequilibrio entre lo social y lo espiritual, por el excesivo politicismo y por el peligro de manipulación.

En estas circunstancias, cuando estamos en el ojo del huracán, se cierra la sede de la calle Zorrilla (21 de junio de 1965). Al ligar tan estrechamente la historia de la Congregación con la de ese edificio, se nos deja inconclusa la historia de aquélla. Quedamos, pues, con la miel en los labios, y con el deseo de que el autor nos cuente el resto de la historia en otro libro (10).

El título del último capítulo incluye una pregunta: ¿reforma o ruptura? A mi modo de ver se dieron ambas cosas, y eso parece insinuar el autor. En el comportamiento de los años finales hubo reforma saludable, con aspectos renovadores y proféticos muy positivos. Pero hubo también algunas aplicaciones del compromiso temporal que pueden calificarse de ruptura. Hubo ruptura, al menos, con algunos aspectos del pasado inmediato, como si se quisiera borrar la continuidad en la manera de ser, pensar y actuar. Esta especie de «*damnatio memoriae*» respecto de los tiempos pasados, se simboliza muy bien en el abandono y derribo de la antigua sede; y tal vez explica (y esto sería más triste, y no es el único caso) la pérdida o destrucción de la memoria histórica conservada en los documentos del archivo. La gran Congregación Mariana de Madrid no tiene archivo. Es una desgracia, porque la pérdida de la memoria supone la ignorancia de la propia identidad. Es aquí precisamente donde el P. Carlos López Pego merece nuestro mayor elogio y gratitud. Recogiendo las noticias dispersas aquí y allá en revistas, documentos e informaciones orales, ha logrado reconstruir, con cariño y paciencia, con exactitud y medida, la historia de una institución que merece recordarse como una rica herencia de familia.

Una herencia que no carece de herederos. El autor añade con toda intención, después de las conclusiones, un «epílogo de actualidad», en el que alude a dos grupos de congregantes antiguos que todavía se siguen reuniendo con regularidad, y a los cinco grupos de comunidades cristianas vinculadas a los jesuitas, con un total de 800 universitarios en 1997. No hubiera estado de más explicar, en el libro, la continuidad histórica de las Comunidades de Vida Cristiana con las Congregaciones Marianas (11). El P.

(10) José Manuel Ribera ha elaborado una historia de la FECUM, con datos interesantes sobre su última época, que esperamos no tarde en publicarse.

(11) M. Revuelta: *De las Congregaciones Marianas a las Comunidades de Vida Cristiana: XX Siglos*, 1995/3, p. 30-42.

Kolvenbach ha dicho que las Comunidades son «un segundo nacimiento» de las Congregaciones (12). Los universitarios madrileños de las comunidades ignacianas tienen hoy en esta historia de los Luisés un hermoso libro de familia que les traza su genealogía espiritual y les descubre un legado histórico cargado de mensajes y enseñanzas.

(12) Carta del P. General, Asistente Eclesiástico de las CVX, Roma 26 de noviembre de 1984, en *Información S.J.* 17 (1985) 22. «Esta vuelta a las fuentes [los Ejercicios Espirituales] fue nuevamente promovida por el Concilio Vaticano II especialmente en el Decreto sobre los Laicos, y así se produce un "segundo nacimiento" de las Congregaciones, llamadas ahora Comunidades de Vida Cristiana».